

La Cultura Anglosajona En La Obra Intermediadora De Borges

The Anglo-Saxon Culture In The Work intermediary De Borges

David Pujante

Doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid

Catedrático de la Universidad de Valladolid

E-mail: david@fyl.uva.es

Endereço: David Pujante

Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura y Literatura Comparada

Facultad de Filosofía y Letras, Plaza del Campus, s/n. Universidad de Valladolid. 47011. Valladolid (España).

Editora-chefe: Dra. Marlene Araújo de Carvalho/Faculdade Santo Agostinho

Artigo recebido em 15/03/2015. Última versão recebida em 16/03/2015. Aprovado em 26/03/2015.

Avaliado pelo sistema Triple Review: a) Desk Review pela Editora-Chefe; e b) Double Blind Review (avaliação cega por dois avaliadores da área).

Revisão: Gramatical, Normativa e de Formatação.

RESUMEN

Se muestra en este trabajo la importancia de la lengua inglesa como cauce de conocimiento para Borges, no sólo de la cultura anglosajona sino de otras culturas, como es el caso de la extremo oriental, medio oriental y las antiguas literaturas germánicas, con gran presencia en su obra *intermediadora*. Llamo así al conjunto de sus ensayos, manuales y antologías literarias, por *mediar* entre esas otras culturas y el ámbito latino de lengua española. Borges proporcionó en estas obras una serie de datos que se van a convertir, a partir de entonces, en centro de búsqueda y de interés para lectores latinos.

Palabras clave: Jorge Luis Borges. Teoría de la literatura. literatura comparada.

ABSTRACT

The importance of English as a channel of knowledge for Borges is shown in this work, not only of Anglo-Saxon culture but other cultures, such as the eastern end, middle eastern and ancient Germanic literature, with great presence intermediary his work. And call the set of his essays, manuals and literary anthologies, to mediate between these cultures and the Latin field of Spanish language. Borges provided in these works a series of data to be converted, thereafter, in search center and of interest to Latino readers.

Keywords: Jorge Luis Borges. Literary Theory. comparative literature.

Se dice que la lengua inglesa es clave para entender el estilo de Borges: esa sencilla naturalidad, esa frase escueta, ese alejarse siempre de ahuecar la voz a pesar de tanto culturalismo inserto en todo lo que deja escrito. También la literatura de habla inglesa está en la base de la erudición *borgiana* (o *borgesiana*) hecha literatura: referencias, citas, inventos, confusiones, juegos eruditos.

La lengua inglesa ha sido para Borges puente hacia otras literaturas también importantes en el mundo *borgiano* y a las que difícilmente habría podido acceder sin el conocimiento del inglés. Lo ha sido (digo que ha sido puente) para acceder a las literaturas orientales y lo ha sido para acceder a las literaturas germánicas antiguas, entre las que se encuentra la vieja literatura anglosajona. Luego, la literatura de Borges nos ha servido a otros muchos como índice de nombres y obras que habían sido totalmente desatendidos, hasta él, por los integrantes y por los lectores de las literaturas del ámbito hispánico.

Borges siempre reconoció, implícita y explícitamente, su pasión y su pertenencia al mundo de la cultura en inglés. Recordemos unas palabras suyas en la visita que hizo, con su madre, a Londres, en enero de 1963:

“Detrás de estas cosas turbias que no veo, siento lo que siempre supe que había aquí en Inglaterra. Siento una gran fuerza. [...] Siento este viento húmedo en la cara, y al respirarlo también siento la mayor poesía de todos los tiempos, que fue escrita por los ingleses.”¹

Muchos años antes, en el viaje que inició a Europa la familia Borges en 1914, su visita a París lo dejó frío. Comentará con el tiempo: “[...] una ciudad que ni entonces ni después me atrajo particularmente, como le ocurre en cambio a todo buen argentino. Quizás, sin saberlo, yo era ya un poco británico.”²

La lengua inglesa formaba parte de la familia Borges desde hacía dos generaciones. Su padre, aunque abogado, también era profesor de psicología, y daba un curso en inglés en la Escuela Normal de Lenguas Vivas, utilizando como referente a William James. El inglés le venía de su madre, Fanny Haslam, es decir, la abuela paterna de nuestro escritor. Fanny había llegado a Argentina de la mano de su hermana mayor, casada con un ingeniero italojudío que había llevado al país el primer tranvía de caballos. Fanny conoce en un baile al coronel Francisco Borges: bailan, se enamoran y acaban casándose. Desde la temprana muerte de su marido, Fanny tuvo que ocuparse de sus hijos (dos varones, entonces de dos años y dos meses

¹ Jorge Luis Borges, *Un ensayo autobiográfico*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores/ Emecé, 1999, p. 100.

² *Ibidem*, p. 39.

de edad respectivamente), para lo cual convirtió su hogar en pensión para señoritas e impartió clases de inglés, idioma que conservó y transmitió a sus nietos Jorge Luis y Norah.³

Fanny era una gran lectora, utilizó siempre de manera prioritaria en casa el inglés y transmite al padre de Borges el orgullo de sus orígenes. Dice el propio Jorge Luis Borges:

“Mi padre era tan modesto que le habría gustado ser invisible. Aunque sentía mucho orgullo de sus orígenes ingleses, solía bromear acerca de ellos, diciendo con fingida perplejidad: “Después de todo, ¿qué son los ingleses? Sólo un montón de obreros agrícolas alemanes.”⁴

Aparte sus intereses en lecturas de metafísica y psicología, el padre de Borges era un gran lector de poesía: Shelley, Keats y Swinburne. También estuvo muy interesado por los libros sobre Oriente: Lane, Burton, Payne. La huella de estos intereses es evidentiísima en su hijo escritor, al que en casa todos llamaron siempre Georgie.

La madre de Georgie (Jorge Luis Borges), Leonor Acevedo de Borges, aprendió inglés junto a su marido, e hizo en esa lengua, a partir de entonces, la mayor parte de sus lecturas. Cuando quedó viuda, y para concentrarse en alguna labor, comenzó una etapa de traductora: Saroyan, Hawthorne, Melville, Virginia Woolf, Faulkner. Algunas de esas traducciones, erróneamente, han pasado por ser del hijo. La madre de Borges fue compañera y secretaria del escritor, sobre todo en los años en los que se quedó ciego. Por tanto la línea de influencias femeninas, abuela-madre, en relación con la lengua inglesa es nítida, poderosísima, y resulta necesario conocerla para entender mejor la importancia de toda esa base de lecturas inglesas de Borges, que eran un verdadero ambiente y legado familiar.

Aquella casa de los Borges contaba con una importante biblioteca mayoritariamente en lengua inglesa. “Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses.”⁵ Borges tuvo toda su vida la sensación de no haber salido jamás de aquella biblioteca, de haberse quedado por siempre en aquel mundo, donde leyó sus primeras historias novelescas:

“La primera novela que leí completa fue *Huckleberry Finn*. Después vinieron *Roughing It* y *Flush Days in California*. También leí los libros del capitán Marryat, *Los primeros hombres en la Luna*, de Wells, Poe, una edición en un volumen de Longfellow, *La isla del tesoro*, Dickens, *Don Quijote*, *Tomás Brown en la escuela*, los cuentos de hadas de Grimm, Lewis Carroll, *The Adventures of Mr. Verdant*

³ *Ibidem*, p. 25.

⁴ *Ibidem*, p. 14.

⁵ Jorge Luis Borges, *Evaristo Carriego*, en *Obras Completas I*, Barcelona, Emecé, 1989, p. 101.

Green (libro ahora olvidado), *Las mil y una noches* en la versión de Burton. [...] Todos estos libros que he mencionado los leí en inglés. Cuando después leí *Don Quijote* en su lengua original, me sonó como una mala traducción.”⁶

Aunque nuestro escritor también leía mucho en español, reconoce que la poesía le llegó a través del inglés: Shelley, Keats, FitzGerald y Swinburne. Por lo que no extrañan las emotivas palabras, que antes he transcrito, cuando llegó a Londres en 1963, después de décadas de no pisar el continente europeo (1924).

A la vocación lectora en lengua inglesa de la familia Borges-Haslam hay que unir la ya sólida voluntad creativa de algunos de sus miembros, tanto en una como en otra lengua: Recuerda Borges a tíos abuelos y a primos de su padre como poetas de cierto renombre en la Argentina. Edward Young Haslam fue el abuelo materno del padre de Borges y a él se debió la edición de los primeros periódicos ingleses en Argentina. En la generación del padre de Borges, la lengua creativa fue ya el español, aunque en relaciones claras con el inglés: Su padre escribió una novela titulada *El caudillo*, que publicó; un libro de ensayos, que destruyó; y una traducción del Omar Khayyám de FitzGerald.

Digamos, para completar esta panorámica, que cuando nuestro escritor empieza sus estudios de alemán, ya residiendo la familia Borges en Suiza (Ginebra), lo hace con un libro de un inglés: “Me inició en esta aventura [la del aprendizaje del alemán] el *Sartor Resartus* de Carlyle.”⁷ Borges no es capaz de entusiasmarse con los poetas alemanes, como lo había hecho con los ingleses. La filosofía de Kant lo derrota, como él mismo confiesa. Y es en relatos como *El Golem* de Meyrinck donde mejor se encuentra. A otros autores, los visita por referencias previas inglesas: “Traté de interesarme por Jean-Paul Richter, en homenaje a Carlyle y De Quincey”,⁸ pero de nuevo fracasa en su intento de interés. Consigue encontrarse bien en el expresionismo alemán y en un nuevo filósofo, Schopenhauer. Curiosamente su primera lectura de Walt Whitman la hace en alemán, pero enseguida pide a Londres un ejemplar de *Hojas de hierba*. Y se convierte no en su poeta favorito sino en el único poeta para él durante un tiempo.

Ninguna de las lenguas que aprende en Europa, ninguna de sus literaturas compite con el horizonte de su inglés de infancia. Reflexionará en la madurez:

⁶ Jorge Luis Borges, *Un ensayo autobiográfico*, cit., p. 16.

⁷ *Ibidem*, p. 40.

⁸ *Ibidem*, p. 40.

“Todavía pienso que el alemán es un idioma hermoso, acaso más hermoso que la literatura que ha producido. El francés, paradójicamente, tiene una buena literatura a pesar de su gusto por las escuelas y los movimientos, pero el idioma en sí es, a mi parecer, un tanto feo. Las cosas tienden a sonar triviales cuando se dicen en francés. De hecho creo que el español es mejor que el francés, aunque sus palabras son demasiado largas y pesadas. Como escritor argentino, tengo que habérmelas con el español, y por ello soy muy consciente de sus limitaciones. Recuerdo que Goethe escribió que él tenía que lidiar con el peor idioma del mundo, el alemán. Supongo que la mayoría de los escritores piensa así del idioma con el cual tienen que luchar.”⁹

*

Es hora de dejar lo biográfico y pasar a los escritos de Borges. En esta disertación no me voy a ocupar de rastrear las huellas de la literatura inglesa en la prosa narrativa ni en la lírica de Jorge Luis Borges. Es asunto ya muy tratado por los especialistas en literatura hispanoamericana, en literatura argentina y en literatura *borgiana* en concreto. Voy a dirigir mi mirada hacia su *obra intermediadora*. Llamo *obra intermediadora* a su obra ensayística y divulgadora: ensayo propiamente dicho, manuales literarios o antologías literarias. Retomo aquí la idea, expuesta al comienzo, de un Borges que nos ha servido a muchos como índice de nombres y obras importantes a leer de las literaturas en lengua inglesa o de las literaturas para las que la lengua inglesa ha sido importante cauce de conocimiento, como es el caso, ya mencionado también, de las literaturas extremo orientales o medio orientales: a modo de ejemplo señero, la famosa traducción en inglés de Omar Khayyám, la trasladada al español por el padre de nuestro escritor.

Aparte de los libros de ensayos, que se integran en su producción creativa, a Borges le debemos una preciosa historia de las *Antiguas literaturas germánicas*,¹⁰ de 1951, que en 1966 revisó, amplió y reescribió en parte, con la colaboración de María Esther Vázquez, publicándolo con el nuevo título de *Literaturas germánicas medievales*. Ya en el prólogo nos da la clave de que habitualmente “se olvida que Inglaterra produjo, antes de la conquista normanda, una secular y dilatada literatura”, y también que “en Islandia culminó la cultura germánica.”¹¹ A través de este fabuloso fresco, siempre empapado de la emotividad del lector que era Borges, da una lección a los historiadores de la novela, que, tarde o temprano, dice, “habrán de reconocer la importancia de la saga”; y otra a los historiadores de la metáfora, que,

⁹ *Ibíd.*, p. 40.

¹⁰ Jorge Luis Borges, con la colaboración de Delia Ingenieros, *Antiguas literaturas germánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

¹¹ *Ibíd.*, p. 7.

según Borges, alguna vez habrán de reconocer que “ciertos excesos del siglo XVII y del siglo XX tuvieron anticipaciones en Islandia.”¹² Nosotros, sus admirados lectores, lo que reconocemos en ese texto es cantidad de *obsesiones* (bien en forma de versos antiguos, bien en forma de historias maravillosas de las Eddas y las sagas) que habíamos encontrado esparcidos y repetidos por sus poemas, cuentos y ensayos; algo que forma parte de la esencia de lo *borgiano*.

Con la misma colaboradora hizo su *Introducción a la literatura inglesa* (1965). Y con Esther Zemborain de Torres Duggan haría, en 1967, la *Introducción a la literatura norteamericana*.¹³

A Borges le debemos también una serie de antologías que configuran, para sus lectores, el mapa confirmatorio de su caudal interminable de lecturas, al modo de las antiguas recopilaciones hindúes, llamadas océanos de ríos de historias. Y así, debemos recordar la *Antología de la Literatura Fantástica* (1940), en colaboración con Silvina Ocampo; una antología de *Los mejores cuentos policiales* (1943), con Adolfo Bioy Casares; los *Cuentos Breves y Extraordinarios* (1955). Y libros de selecciones de textos, sobre bestias fantásticas, lugares místicos y esotéricos, como *El Libro del Cielo y el Infierno* (1960), también con Bioy Casares; y *El libro de los seres imaginarios*, en colaboración con Margarita Guerrero (1967).

Es en estos libros, además de en la obra propiamente creativa (unos espejan a los otros, los otros espejan a los unos), donde se nos revela por primera vez, desde *lo inglés*, a una comunidad de cultura ajena a esas perspectivas, una serie de datos literarios que se van a convertir en centro de búsqueda y de interés para lectores latinos. Porque los lectores de Borges tenemos la experiencia de que no podemos ser sólo lectores de sus obras. Leer a Borges es interesarse por sus mitos, por sus obsesiones, por su referentes-fetiche. Y esos son: las literaturas germánicas antiguas, la vieja China milenaria, los cabalistas medievales, los místicos heterodoxos, y todo un rosario de nombres de la literatura en inglés que van de Hawthorne a Wells, de Brown a Henry James. Literatura en inglés, literatura traducida al inglés, y la hipérbole máxima del eterno niño Borges encerrado en la biblioteca paterna: parecer mejor el *Quijote* en su versión inglesa, que la aparentemente mala traducción de Cervantes.

¹² *Ibíd.*, p. 8.

¹³ Todas estas obras se encuentran reunidas en el volumen: Jorge Luis Borges, *Obras completas en colaboración*, Barcelona, Emecé, 1997⁴

De la que he llamado *obra intermediadora* y que acabo de pergeñar, quiero destacar, para esta reflexión sobre la literatura en inglés en la obra de Borges, un libro de sus ensayos, titulado *Otras inquisiciones*.¹⁴ Este libro de ensayitos es de 1952. De alguna manera lo había preparado otro libro previo, de 1932, titulado *Discusión*. Pero la gran madurez del ensayismo *borgiano* se muestra en el que centrará nuestra atención. Siempre he intuido, y ahora lo creo cada vez más, que *Otras inquisiciones* de Borges es uno de los más interesantes tratados que existen sobre literatura comparada y sobre teoría de la literatura comparada, precisamente porque es comparatismo y teorización hecha por un creador que, además, se mueve entre lenguas distintas. Como pueden comprobar, finalmente llevo el ascua a mi sardina. Yo soy, por Boletín Oficial del Estado, profesor de teoría de la literatura y literatura comparada, y me siento a gusto en ese lugar. Así que, si elijo este libro, para completar mi reflexión sobre la relación de Borges con las literaturas en lengua inglesa (entiéndase la inglesa, la escocesa, la irlandesa, la anglo-norteamericana, y otras literaturas en traducción inglesa), es porque equidista de los intereses míos personales y de los de quienes se interesan por lo inglés borgiano. *Otras inquisiciones* es un libro, como acabo de decir, de literatura comparada y de teoría literaria, forjada al hilo de las comparaciones que se hacen; y esas comparaciones siempre tienen como referencia, en un altísimo porcentaje, el ámbito de las literaturas en lengua inglesa. Pongamos un ejemplo de esa inevitable y esencial presencia en todo el ensayismo de Borges.

Posiblemente uno de los ensayos de *Otras inquisiciones*, que más lectores estarían de acuerdo en considerar como dedicado a la literatura española, es el que se titula “Magias parciales del Quijote”.¹⁵ En él, Borges plantea (tomando como base la obra genial de Cervantes) el problema de la ficción dentro de la ficción; y, con uno de esos magníficos golpes de efecto tan suyos, lleva un problema de teoría literaria al terreno de la metafísica, pues acaba diciéndonos que la razón última por la que nos inquieta tanto que los entes de ficción sean lectores de las ficciones que los crean (como en el caso de los personajes del segundo *Don Quijote*, que son lectores de la primera parte), esa inquietud nuestra se debe, según Borges, a que en el fondo tememos también que nosotros, como lectores, podamos ser igualmente entes ficticios.

¹⁴ Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, en *Obras Completas II*, Barcelona, Emecé, 1989, pp. 9-153.

¹⁵ Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, en *Obras Completas II*, cit., pp. 45-47.

Si bien la base del ensayo es el *Quijote* de Cervantes, todo el texto está salpicado de referencias comparativas que, mayoritariamente —si eliminamos *Las mil y una noches* y el *Ramayana*— son del ámbito anglosajón: Conrad, Henry James, Carlyle, Shakespeare, Josiah Royce. E incluso lo que hemos eliminado, entraría dentro del grupo de textos conocidos por Borges a través de la lengua inglesa. Recordemos su primer acercamiento a *Las mil y una noches* a través de la traducción inglesa de Burton, que siempre será de referencia para él, a pesar de la de su admirado Cansinos Asséns en español. Es decir, que, de entre los ensayos de *Otras inquisiciones*, incluso en el más propiamente dedicado a la literatura española, nos encontramos con el amplio plantel de referencias literarias y filosóficas anglosajonas. Pero vayamos por orden y retrocedamos al comienzo del libro, haciendo una selección que nos resulte enjundiosa para nuestra argumentación sobre la importancia de las literaturas en inglés para el mundo de Borges.

En el primer ensayo, “La muralla y los libros”, Borges nos enfrenta a la historia del emperador Shih Huang Ti, del que dice: “Leí, días pasados, que el hombre que ordenó la edificación de la casi infinita muralla china fue aquel primer Emperador, Shih Huang Ti, que asimismo dispuso que se quemaran todos los libros anteriores a él.”¹⁶ Borges no nos lo explicita, pero es más que presumible que esa lectura la hiciera en un texto inglés, porque al poco da la referencia siguiente: “Herbert Allen Giles cuenta que quienes ocultaron libros fueron marcados con un hierro candente y condenados a construir, hasta el día de su muerte, la desafortunada muralla.”¹⁷ Unos cuantos ensayos más adelante, en el mismo libro, volverá a la misma referencia: “En lo que se refiere a la fantasía de abolir el pasado, no sé si cabe recordar que ésta fue ensayada en la China, con adversa fortuna, tres siglos antes de Jesús. Escribe Herbert Allen Giles”¹⁸, dos puntos, y pone la cita al respecto. El escritor mencionado fue un diplomático inglés, destacado sinólogo, que actualizó la transcripción del chino mandarín y que tradujo al inglés a Confucio, a Lao Tzu, y a Chuang Tzu, entre otros. La pista es una gran pista para lo que venimos diciendo, que Borges debe mucho a la lengua inglesa en lo referente a su conocimiento de las culturas orientales.

Pero no debemos desatender la nuclear *argumentación por ejemplo* del ensayo que abre el libro *Otras inquisiciones* y al que nos estamos refiriendo: No importa, viene a decirnos

¹⁶ *Ibíd.*, p. 11.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 12.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 57.

Borges con su ejemplificación, que el emperador incendie todas las bibliotecas de su imperio, a la destrucción opone la construcción, esa es la historia de la humanidad, construir y destruir, y no importa lo que se destruye porque “las formas tienen su virtud en sí mismas y no en un contenido conjetural.” Los contenidos son, pues, historia; las formas son permanencia. Acaba diciendo que el hecho estético es la “inminencia de la revelación” de las formas, que quedan en asomos, en apariencias, en contenidos momentáneos. Borges desde el primer momento se nos muestra un seguidor de Croce y de Pater. “Todas las artes aspiran a la condición de la música, que no es otra que la forma”, así había dicho Walter Pater, y se hace eco Borges. A Pater le debemos el ensayo *Platón y el platonismo* (1892), donde ética y estética están en estrecha relación, una ética construida con valores propios y no sujeta a la moral dominante (digamos, la moral victoriana). Desde que comienza el libro, pues, Borges se muestra un platónico de prole protestante. Un escritor no sólo de referencias inglesas, sino de mentalidad inglesa; aunque de una mentalidad inglesa que no representa la mentalidad mayoritaria de los ingleses, más aristotélica que platónica, según otro de sus ensayos, “El ruiseñor de Keats”, al que luego haremos referencia.

Localizado el enfoque, vayamos a las propuestas. Borges hace sorprendentes y encandiladoras propuestas en este libro. Como la reducción de la historia universal a la historia de unas cuantas metáforas, en el ensayo “La esfera de Pascal”, y lo hace sosteniéndose en Bacon, en John Donne o en Milton. Propone luego, en “La flor de Coleridge”, que la historia de la literatura no debería ser la historia de los autores, de los accidentes de su carrera o de la carrera de sus obras, sino la Historia del Espíritu; que podría realizarse sin mencionar un solo nombre. Es una única persona la que ha redactado cuantos libros hay en el mundo, “un solo caballero omnisciente” —dice Borges, por boca de Emerson—; por eso —continúa— podemos perseguir el hilo de las variaciones de todas las obsesiones humanas, podemos seguir la evolución de una misma idea a través de la heterogeneidad de los textos que la han tratado. Y lo afirma Borges con ejemplos sacados de obras de Coleridge, de Wells y de Henry James. Todavía en el siguiente ensayo le servirá Coleridge para tratar del misterio de la inspiración: “El sueño de Coleridge” es el ensayo del poema soñado, del *Kubla Khan*, que, aun siendo un caso extraordinario no es único en la historia de la creación literaria. Y de nuevo el venero es la literatura inglesa: Un sueño dio a Stevenson el argumento de su *Olalla*. Y yendo hacia atrás, se encuentra con Beda el Venerable.

Hay, en este libro, un ensayo dedicado a Quevedo. Borges se pregunta por qué no se encuentra nuestro autor del Siglo de Oro en la nómina universal de los escritores. Para

responderse tiene que recurrir de nuevo a la mirada inglesa. Desde las reflexiones de George Moore, de Lamb; desde su comparación con Edmund Spencer; comprende Borges que Quevedo no es hombre del sentimiento ni del pensamiento, sólo del lenguaje. Quevedo todo lo salva con la dignidad del lenguaje: donde el pensamiento no es memorable, lo son las cláusulas; donde los poemas eróticos fallan en la pasión, se salvan como juegos de hipérbolos, como deliberados ejercicios petrarquistas. Para gustar de Quevedo hay que ser un hombre de letras. Pero no basta la dignidad del lenguaje para estar entre las imprescindibles lecturas de la humanidad.

Borges mira, compara literaturas, lo que le permite emitir, precisamente en la comparación, juicios de gran dureza sobre nuestra literatura, como el que acabamos de oír sobre Quevedo. Pero la mirada es de doble filo. La privilegiada posición de Borges —un magnífico conocedor de las literaturas en inglés, situado en Buenos Aires— le permite opiniones igualmente valientes, personales, arriesgadas, sobre la literatura inglesa y estadounidense; opiniones que no se pueden permitir, o que no pueden llegar a concebir, con sus percepciones unilaterales, los hijos de esas literaturas. Así, en el artículo que dedica a Nathaniel Hawthorne, se permite desestimar a escritores americanos como Fenimore Cooper y Washington Irving, incluso proponer olvidarlos ante la figura señera de Hawthorne, que es uno de los urdidores de la que considera Borges la metáfora con la que se inicia la historia de las letras americanas, a saber, el sueño como función teatral. Pronto el ensayo se enzarza en un problema teórico-literario: la pertinencia de la alegoría narrativa. Opone a Croce, y su refutación de las alegorías, con Chesterton, vindicador de las mismas. Si para Croce la alegoría es como “una adivinanza, más extensa, más lenta y mucho más incómoda que las otras”, por tanto, “un género bárbaro o infantil, una distracción de la estética”; para Chesterton, la existencia de la alegoría manifiesta que “pueden haber varios lenguajes que de algún modo correspondan a la inasible realidad; entre esos muchos, el de las alegorías y fábulas.”¹⁹ Parece que Borges se alinea junto a Platón y ve en la alegoría una innecesaria separación de la verdad, una doble mimesis. ¿Para qué separamos de Beatriz, la gloriosa Beatriz de Dante, que bajó del cielo y dejó sus huellas en el infierno para salvarlo, convirtiéndola en un trabajoso y arbitrario sinónimo de la palabra *fe*? Ciertamente, a pesar de su interés por Chesterton el católico, Borges se encuentra alineado entre los *imaginativos*, es decir, entre los escritores que piensan por imágenes y no por *abstracciones*. En la lista se encuentran naturalmente Shakespeare, Donne y también los poetas visionarios y románticos

¹⁹ *Ibíd.*, p. 50.

ingleses. Y Hawthorne, el primero entre todos, también es un hombre de “continua y curiosa imaginación.”²⁰ Aprovecha en estos momentos Borges para lanzarle una puya a Ortega y Gasset, que “pudo razonar, bien o mal, pero no imaginar”²¹; sus metáforas lo único que hacían, por ser metáforas adventicias, era obstruir su buen pensamiento. Ortega, en conclusión borgiana, es un pensador por abstracciones empeñado en la metáfora. Por el contrario, si al puritano Hawthorne, al que Borges venera, tiene que echarle algo en cara, es su deseo de hacer de cada imaginación una fábula moral. Pero en Hawthorne, pese a todo, está ya el mundo de Herman Melville, su contemporáneo y amigo, y también el mundo de Kafka,

“un mundo de castigos enigmáticos y de culpas indescifrables [...] entre la horrible historia de Wakefield y muchas historias de Kafka, no sólo hay una ética común sino una retórica. Hay, por ejemplo, la honda *trivialidad* del protagonista, que contrasta con la magnitud de su perdición [...] Hay el fondo borroso, contra el cual se recorta la pesadilla.”²²

Si no se libra la filosofía, tampoco la literatura española escapa al Borges crítico en esta ocasión. Volviendo a la metáfora inicial, la del sueños como función teatral o, por extensión, la invención onírica como clave de las invenciones literarias, en la huella de Jung, dice Georgie el argentino:

“Esta doctrina no parece aplicable a las literaturas que usan el idioma español, clientes del diccionario y de la retórica, no de la fantasía. En cambio, es adecuada a las letras de América del Norte. Éstas (como las de Inglaterra o las de Alemania) son más capaces de inventar que de transcribir, de crear que de observar.”²³

Olvidando el mal uso del término *retórica* (¡que ya nos enfada en su segunda mala utilización perversa e inapropiada!), posiblemente esta acusación de realismo, aunque tan gastada, podemos seguir asumiéndola, ¡siempre con matices, como el de Cunqueiro!, los españoles. Toda generalización es errónea, y lleva a la abstracción y aleja del sentimiento. El Borges más español se vendía también por una ingeniosidad. Caía en ese mismo error que él llamaba, equivocando los términos, el retoricismo de la literatura española.

Y los que conocen mi investigación puede que piensen que una vez más llevo el ascua a mi sardina, la de la retórica ahora. Pues bien, aprovecharé para decir que la retórica (la reflexión sobre los más altos niveles discursivos en cualquier lengua) no era el fuerte de

²⁰ *Ibidem*, p. 51.

²¹ *Ibidem*, p. 51.

²² *Ibidem*, pp. 55-56.

²³ *Ibidem*, p. 62.

Borges, y queda de manifiesto en diferentes momentos de *Otras inquisiciones*. Procederé argumentativamente de nuevo por ejemplos.

Más que mediado el libro nos encontramos con el ensayo “El ruiseñor de Keats”. Para Borges, como para tantos otros, la *Oda a un ruiseñor* (“esas páginas de inagotable e insaciable hermosura”) representa una de las cumbres de la poesía lírica inglesa. El ensayo *borgiano* a que nos referimos se ocupa de la interpretación de unos versos del poema: “su virtud [la de la *Oda*], que yo sepa —dice Borges—, no ha sido discutida por nadie, pero sí la interpretación.”²⁴ El nudo del problema, según él, está en la penúltima estrofa, la que dice:

Thou wast not born for death, immortal Bird!
No hungry generations tread thee down;
The voice I hear this passing night was heard
In ancient days by emperor and clown:
Perhaps the self-same song that found a path
Through the sad heart of Ruth, when, sick for home,
She stood in tears amid the alien corn;
The same that oft-times hath
Charm'd magic casements, opening on the foam
Of perilous seas, in faery lands forlorn.²⁵

¡Tú no has nacido para la muerte, pájaro inmortal!
Ninguna generación hambrienta te ha derribado;
la voz que oigo esta noche la han oído
en otros tiempos reyes y bufones:
fue quizás el mismo canto que encontró camino
a través del triste corazón de Rut, cuando, añorando su patria,
se deshizo en lágrimas en mitad de los trigos extranjeros;
es la misma que a menudo ha
encantado mágicas ventanas, abiertas sobre la espuma
de peligrosos mares, en feéricas tierras olvidadas.

Hace nuestro escritor una vez más alarde de sus conocimientos —en esta ocasión de la crítica anglosajona—, refiriéndose a Sidney Colvin, amigo de Stevenson, que “percibió o inventó una dificultad en la estrofa de la que hablo”; y habla de Bridges, y de Leavis, y así hasta cinco dictámenes de cinco críticos del pasado y de la actualidad del propio Borges. Para finalmente recurrir a Schopenhauer y decirnos con él que “el individuo es de algún modo la especie”²⁶ y el ruiseñor de Keats es todos los ruiseñores.

Creo que Borges tampoco afina con el texto de Keats. Recurre a la filosofía, cuando podría haberse valido y solucionado con la retórica. Keats, en realidad, está haciendo una

²⁴ *Ibíd.*, p. 95.

²⁵ John Keats, *Poetical Works*, Londres, Oxford University Press, 1970, p. 209.

²⁶ Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, en *Obras Completas II*, cit., p. 96.

metonimia, el tipo de metonimia que se da “cuando se dice el propietario por la propiedad”,²⁷ el pájaro por la propiedad de cantar; lo inmortal a lo que se refiere el poeta es el canto del ruiseñor, así como la maravillosa experiencia de oír ese canto los humanos. Al hablar del *ruiseñor inmortal* está hablando de la *inmortalidad de su canto* y de la *inmortalidad de la experiencia auditiva*. Pero lo importante para nosotros es que a Borges le sirve su error para hacer una interesantísima reflexión sobre el alma inglesa. Dando antes una importante clave, que vale también para él, y que toma de Coleridge: “todos los hombres nacen aristotélicos o platónicos. Los últimos sostienen que las clases, los órdenes y los géneros son realidades; los primeros, que son generalizaciones.”²⁸ Y a partir de aquí, considerado el ruiseñor de Keats por Borges como un *arquetipo*, cree entender el error interpretativo de tanto crítico anglosajón:

“[porque] de la mente inglesa cabe afirmar que nació aristotélica. [...] El inglés rechaza lo genérico porque siente que lo individual es irreductible, inasimilable e impar. Un escrúpulo ético, no una incapacidad especulativa, le impide traficar en abstracciones, como los alemanes.”²⁹

Podríamos seguir, refiriéndonos a los artículos sobre Oscar Wilde, sobre Chesterton, sobre el primer Wells, sobre el *Biathanatos* de De Quincey, sobre Beckford, pero entonces no estaríamos en una disertación sino en un curso sobre el ensayismo de Borges y sus orígenes angloamericanos.

No quiero enredar mucho más la maraña de referencialidades. Creo que con lo dicho queda patente la presencia continua de lo inglés (pensamiento, literatura, etc.) en todo el mundo de intereses estéticos y poéticos de Borges.

Haré una última reflexión. Borges es un escritor en español, pero el sabor inglés de la literatura de su infancia nunca lo dejó paladear incondicionalmente la literatura española. Creo que también hay un ejemplo paradigmático de esto en otro ensayo de *Otras inquisiciones*, en el titulado “El pudor de la historia”. Allí coloca entre los grandes acontecimientos de la historia una anécdota de la Edda islandesa. Allí huele el elemental sabor de lo heroico. Y luego da otros ejemplos de ese mismo sabor heroico, siempre haciendo alarde de comparatista experto; pero ante el *Poema de Mío Cid* claudica, se ve incapaz, tiene que recurrir a opiniones de otros:

²⁷ Cf. David Pujante, *Manual de Retórica*, Madrid, Castalia, 2003, p. 219.

²⁸ Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, en *Obras Completas II*, cit., p. 96.

²⁹ *Ibidem*, p. 97.

“Me aseguran que el *Poema del Cid* encierra ese sabor; yo lo he sentido, inconfundible, en versos de la *Eneida* (“Hijo, aprende de mí, valor y verdadera firmeza; de otros, el éxito”), en la balada anglosajona de Maldon (“Mi pueblo pagará el tributo con lanzas y con viejas espadas”), en la *Canción de Rolando*, en Víctor Hugo, en Whitman y en Faulkner (“la alhucema, más fuerte que el olor de los caballos y el coraje”), en el *Epitafio para un ejército de mercenarios* de Housman, y en los “seis pies de tierra inglesa” de la *Heimskringla*.³⁰

“Me aseguran”. ¡En esta incapacidad se resumen tantas claves de Borges!

La importancia de Borges radica para las literaturas de ámbito hispánico en su mirada inglesa, distante, focalizada. Pero también para el ámbito anglosajón vale esta extraterritorialidad borgiana, porque él mira desde el escritor argentino que inevitablemente es. Se me ocurre pensar en otro caso también enjundioso por su cercanía distante: el de Brenan haciendo una historia de la literatura española. Casos así aportan riquísimos matices de interpretación cultural que le pasan inevitablemente desapercibidos a los que están inmersos en la suya propia.

REFERÊNCIAS

Cf. David Pujante, *Manual de Retórica*, Madrid, Castalia, p. 219. 2003.

John Keats, *Poetical Works*, Londres, Oxford University Press, p. 209. 1970.

Jorge Luis Borges, con la colaboración de Delia Ingenieros, *Antiguas literaturas germánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

Jorge Luis Borges, Evaristo Carriego, en *Obras Completas I*, Barcelona, Emecé, p. 101. 1989.

Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, en *Obras Completas II*, Barcelona, Emecé. pp. 9-153. 1989.

Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, en *Obras Completas II*, cit., pp. 45-47.

Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, en *Obras Completas II*, cit., p. 96.

Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, en *Obras Completas II*, cit., p. 96.

Jorge Luis Borges, *Un ensayo autobiográfico*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores/ Emecé, p. 100, 1999.

Jorge Luis Borges, *Un ensayo autobiográfico*, cit., p. 16.

³⁰ *Ibíd.*, pp. 133-134.